

vador hubiera acabado de desorientarse, y se hubiera dicho que si Gilliatt queria, para facilitar sus maniobras, librar el paso de los Douvres de aquel estorbo, no tenia que hacer mas que abandonarlo á la marea, la cual lo hubiera arrastrado agua abajo.

Gilliatt tenia probablemente sus razones.

Gilliatt, para clavar los clavos en el basamento de los Douvres, sacaba partido de todas las hendiduras del granito, las ensanchaba en caso necesario y encajaba en ellas cuñas de madera en que clavaba en seguida los clavos de hierro.

Hizo los mismos trabajos preparatorios en las dos rocas que se levantaban en el otro extremo del estrecho del escollo, por el lado del Este; llenó de clavijas de palo todas las hendiduras, como si quisiera tener á éstas dispuestas á recibir tambien graponés; pero todo parecia ser una simple precaucion, pues no clavaba en ellas ningun clavo.

Se comprende que, por prudencia en su penuria, no podia gastar materiales sino á medida que los fuese necesitando y en el momento mismo del apremio, lo cual era una complicacion añadida á tantas otras dificultades.

Concluido un primer trabajo, se presentaba el segundo.

Gilliatt pasaba sin vacilar de uno á otro y daba resueltamente esta zancada de gigante.

IV.

SUB RE.

El hombre que hacia tan estrañas cosas se habia vuelto horrible.

Gilliatt, en sus multiplicados trabajos, gastaba todas sus fuerzas á la vez, y las reparaba dificilmente.

Las privaciones por un lado, y por otro las fatigas, le iban estenuando. Estaba flaco. Sus cabellos y su barba habian crecido. No tenia mas que una camisa que no fuese un pingajo.

Estaba descalzo, por habersele llevado un zapato el viento y otro el mar.

Cascos del yunque rudimentario, y muy peligroso, de que se servia, le habian causado en las manos y en los

brazos pequeñas heridas, salpicaduras del trabajo. Eran superficiales, simples desolladuras, pero enconadas por el aire frío y por el agua salada.

Tenia hambre, tenia sed, tenia frío.

Su barril de agua dulce estaba vacío. Su harina de centeno se había empleado en engrudo ó se la había ya comido.

No tenia mas que un poco de galleta. La rompía con los dientes, faltándole agua para ablandarla.

Poco á poco, y día por día, decrecían sus fuerzas.

Aquel temible peñasco le trasegaba la vida.

Beber era una cuestión; comer era una cuestión; dormir era una cuestión.

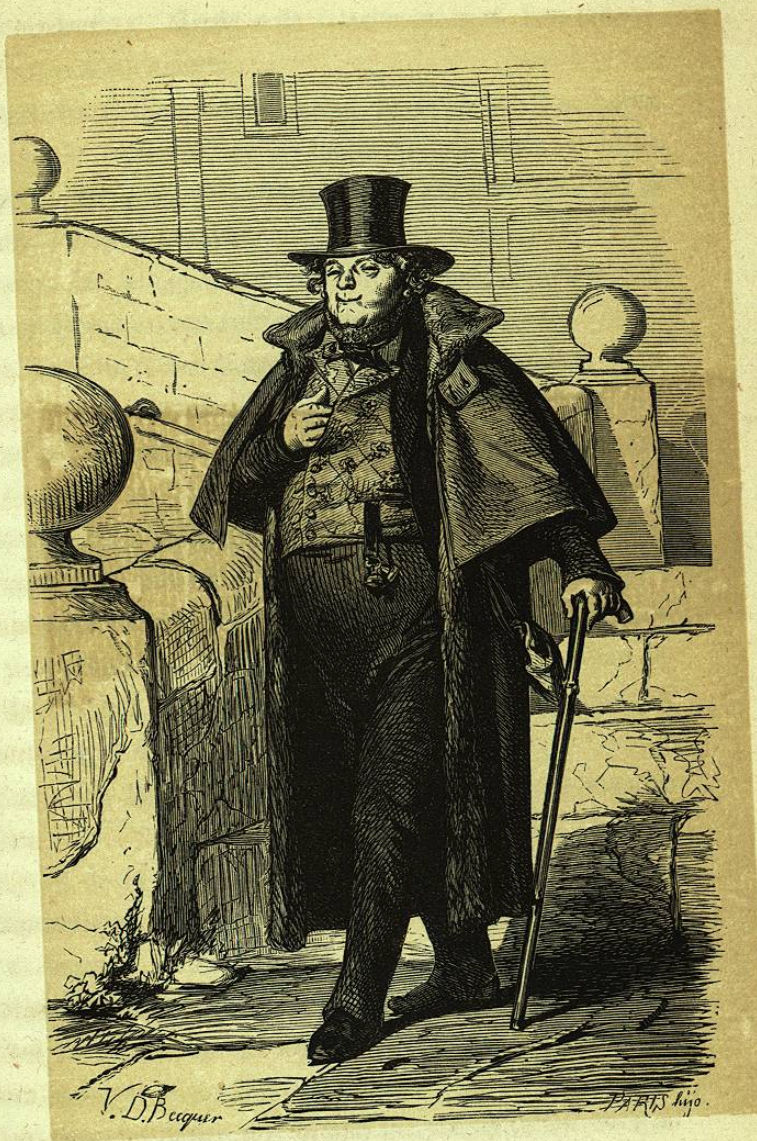
Comía cuando lograba coger un camarón ó un camarón; bebía cuando veía una ave marítima descender á una punta del peñasco.

Se encaramaba hasta alcanzarla, y hallaba en ella un hueco con un poco de agua dulce. Bebía después que había bebido el pájaro, y algunas veces con el pájaro, pues las gaviotas y alciones se habían acostumbrado, á su presencia y no huían cuando él se acercaba.

Verdad es que Gilliatt, ni aun en sus mayores apuros, les hacía ningún daño.

Recuérdese que tenía la superstición de los pájaros.

Por su parte los pájaros, viéndole con los cabellos erizados y horribles y la barba larga, no le tenían miedo; la alteración de su semblante les tranquilizaba; no les parecía un hombre; le creían una bestia.



SIEUR LANDOYS.

Los pájaros y Gilliatt eran buenos amigos. Los pobres se ayudan mutuamente.

Mientras Gilliatt tuvo harina de centeno, les había desmigajado pedacitos de las tortas que él hacía, y ellos después, á su vez, le indicaban los sitios en que había un sorbo de agua potable.

Comia las almejas crudas; las almejas, comidas con cierta moderación son refrigerantes de la sangre.

En cuanto á los cangrejos, los comía cocidos; pero como no tenía cazuela, los asaba poniéndolos entre dos piedras hechas ascua, á la manera de los salvajes de las islas Feroë.

Empezaba á declararse un poco de equinoccio. Llovía, y el agua que caía era una agua hostil.

No caían chaparrones, ni aguaceros, sino largas agujas, finas, heladas, penetrantes, agudas, que calaban la ropa de Gilliatt hasta los tegumentos, y los tegumentos hasta los huesos.

Era una lluvia que daba poco de beber y mojaba mucho.

Avara de favores, pródiga de miseria, tal era aquella lluvia, indigna de la atmósfera. Gilliatt la tuvo encima toda una semana, durante todo el día y toda la noche.

Aquella lluvia era una mala acción de las nubes.

Por la noche, en su agujero de piedra, Gilliatt no dormía sino por el agobio del trabajo.

Los grandes mosquitos de mar le atormentaban. Se despertaba cubierto de pústulas.

Tenia calentura, y esta calentura le sostenia; la fiebre es un socorro, que mata. Por instinto, mascaba líquen ó chupaba hojas de coclearia silvestre, que brotaba escuálida entre las secas rendijas del escollo. Por lo demás, él se ocupaba poco de sus padecimientos. No tenia tiempo de distraerse por su propia causa de su grave negocio.

La máquina de la Duranda se portaba bien. Nada mas queria.

Las necesidades de su trabajo le obligaban á echarse á nado á cada instante, lo que hacia como quien no hace nada. Entraba en el agua y salia de ella, lo mismo que en una habitacion se pasa de un cuarto á otro.

Sus vestidos no se secaban nunca. Estaban penetrados del agua de una lluvia que nunca se agotaba, y de la del mar que nunca se seca. Gilliatt vivia mojado.

El vivir mojado es un hábito que se adquiere. Los pobres grupos irlandeses, compuestos de viejos, madres, muchachos casi desnudos, niños, que pasan el invierno al aire libre, lloviendo y nevando, apiñados unos contra otros en las esquinas de las calles de Lóndres, viven y mueren mojados.

Estar mojado y tener sed; Gilliatt sufría este extraño tormento.

Mordia de cuando en cuando la manga húmeda de su chaqueton.

Las hogueras que levantaba le calentaban poco; el fuego al aire libre nunca caliente mas que á medias; el que se acerca á él se abrasa por un lado y por el otro se hiela.

Gilliatt estaba sudando y tiritaba.

Todo alrededor de Gilliatt resistia en una especie de silencio terrible. Él sentia al enemigo.

Las rocas tienen un sombrío *Non possumus*.

Su inercia es un aviso lúgubre.

La inmensa mala voluntad de los elementos rodeaba á Gilliatt. Tenia quemaduras y calofrios.

El fuego le mordía, el agua le helaba, la sed le daba calentura, el viento le destrozaba la ropa, el hambre le roía el estómago. Sufría la opresion de un conjunto aniquilador.

El obstáculo, tranquilo, vasto, teniendo la irresponsabilidad aparente del hecho fatal, pero lleno de no sé qué unanimidad feroz, convergia de todas partes en Gilliatt.

Gilliatt le sentía apoyado inexorablemente en él. Ningun medio de sustraerse. Era casi alguien. Gilliatt tenia la conviccion de un odio sordo que se esforzaba en disminuirle. De él dependía la fuga, pero puesto que no huía, tenia que habérselas con la hostilidad impene-trable.

No pudiendo echarle fuera, se le ponía debajo. ¿Quién? Lo Desconocido.

Lo Desconocido le comprimía, le ahogaba, le quitaba su sitio, le quitaba el aliento. Estaba magullado por lo invisible. Cada dia daba una vuelta mas el tornillo misterioso.

La situacion de Gilliatt se parecia á un duelo oscuro en que hay un traidor.

La coalicion de fuerzas secretas le rodeaba, y comprendia que estaban resueltas á desprenderse de él. Asi es como el ventisquero arroja el pedrusco errático.

Silenciosamente, y como quien no hace nada, aquella coalicion latente le cubria de andrajos y de sangre, y le ponía, si así puede decirse, fuera de combate antes de combatir. No por eso trabajaba él menos, pero á medida que la obra se hacia, el obrero se deshacia.

Hubiérase dicho que aquella naturaleza salvaje, temiendo el alma, habia tomado el partido de estenuar al hombre. Gilliatt era terco, y aguardaba.

El abismo empezaba por gustarle. ¿Qué haria el abismo en seguida?

La doble Douvre, dragon de granito emboscado en alta mar, habia admitido á Gilliatt. Le habia dejado entrar y le dejaba hacer. Esta aceptacion se asemejaba á la hospitalidad de una boca abierta.

El desierto, la estension, el espacio en que encuentra el hombre tantas contradicciones, la inclemencia muda de los fenómenos que siguen su curso, la gran ley general implacable y pasiva, el flujo y reflujo, el escollo, pléiada negra de la cual cada roca es una estrella de torbellinos, centro de irradiacion de corrientes, no sé qué conjuracion de la indiferencia de las cosas contra la temeridad de un ser, el invierno, las nubes, el mar asediador, envolvian á Gilliatt, le acorralaban lentamente, se cerraban en cierto modo en torno suyo, y le separaban de los vivientes como una mazmorra que se formase alrededor de un hombre.

Todo contra él, nada á favor suyo; estaba aislado, abandonado, debilitado, minado, olvidado.

Gilliatt tenia los bolsillos de su chaqueton vacíos, sus herramientas melladas ó insuficientes, sed y hambre durante el dia, frio durante la noche, heridas y andrajos, harapos sobre supuraciones, agujeros en la ropa y en la carne, las manos destrozadas, los pies ensangrentados, los miembros estenuados, el semblante lívido, una llama en los ojos.

Llama soberbia, la voluntad visible. El ojo del hombre está formado de modo que en él se percibe su virtud. Nuestra pupila dice qué cantidad de hombre hay en nosotros.

Nosotros nos afirmamos por la luz que brilla debajo de nuestras cejas. Las pequeñas conciencias guiñan el ojo, las grandes echan relámpagos.

Si nada brilla debajo del párpado, nada piensa en el cerebro, nada ama en el corazon.

El que ama quiere, y el que quiere alumbra y resplandece. La resolucion pone fuego en la mirada, fuego admirable que se compone de la combustion de los pensamientos tímidos.

Los obstinados son los sublimes.

El que no es mas que bravo, no tiene mas que una accesion, el que no es mas que valiente, no tiene mas que un temperamento, el que no es mas que animoso, no tiene mas que una virtud; el obstinado en lo verdadero es el único que tiene grandeza.

Casi todo el secreto de los grandes corazones está en esta palabra: *perseverando*.

La perseverancia es al valor lo que la rueda es á la palanca; es la renovacion perpetua del punto de apoyo.

Que el fin sea la tierra ó sea el cielo, todo consiste en ir al fin; en el primer caso está Colon, en el segundo está Jesus.

No dejando discutir su conciencia ni desarmar su voluntad, se obtiene el sufrimiento y el triunfo. En el órden de los hechos morales el caer no escluye el cernerse. De la caida sale la ascension.

Las medianías se dejan disuadir por el obstáculo especioso; los fuertes, no. Perecer es su tal vez, conquistar es su certeza.

Ya podeis dar á Estéban toda especie de buenas razones para que no se deje lapidar. El desden á las objeciones razonables engendra esta sublime victoria vencida que se llama el martirio.

Todos los esfuerzos de Gilliatt parecian agarrados á lo imposible; el éxito era pequeño ó lento, y era preciso gastar mucho para obtener poco, y hé aquí lo que le hacia magnánimo, hé aquí lo que le hacia patético.

Que para levantar cuatro tablones encima de un buque náufrago, para cortar y aislar en este buque la parte susceptible de salvamento, para acomodar á aquella cosa perdida cuatro cabrias con sus cables, se hubiesen necesitado tantos preparativos, tantos trabajos, tantas pruebas, tantas noches de frio, tantos dias de hambre, ahí estaba la miseria del trabajo solitario.

Fatalidad en la causa, necesidad en el efecto.

Gilliatt habia hecho mas que aceptar esta miseria, la habia querido.

Temiendo un competidor, porque un competidor hubiera podido ser un rival, no habia buscado auxiliar.

La aniquiladora empresa, el riesgo, el peligro, la tarea multiplicada por sí misma, la absorcion posible del salvador por el salvamento, el hambre, la fiebre, la desnudez, el apuro, todo lo habia tomado para sí solo.

Habia tenido este egoismo.

Se hallaba bajo una especie de espantosa campana neumática. La vitalidad le abandonaba poco á poco, y él apenas lo notaba.

La estenuacion de las fuerzas no estenuía la voluntad. El creer no es mas que la segunda potencia; el querer es la primera. Las montañas proverbiales que la fe remueve, nada son al lado de lo que hace la voluntad.

Todo el terreno que Gilliatt perdía en vigor lo ganaba en tenacidad.

La decadencia del hombre fisico bajo la accion contrariadora de aquella salvaje naturaleza conducia al engrandecimiento del hombre moral.

Gilliatt no sentia la fatiga, ó, por mejor decir, no la consentia. El consentimiento del alma negado á los desfallecimientos del cuerpo es una fuerza inmensa.

Gilliatt veia los pasos que daba su trabajo, y no veia otra cosa. Era miserable sin saberlo. Su fin, al cual tocaba casi, le alucinaba. Arrostraba todas las penas sin

